



La Casa del Señor (2)

Recuerdos de José Manuel Fernández Barainca

Después de describir la Casa del Señor tal como se veía desde la calle de Las Descalzas, en esta entrega José Manuel nos describe su interior, así como el modo de vida de su familia, percibida por sus ojos infantiles. Todo está contado con gran viveza, como algo que ha quedado depositado en su recuerdo de forma definitiva.

Era una vieja casona, muy grande, que a los ojos de un niño se agrandaba aún más, situada en el centro del pueblo, enfrente del convento de las Descalzas, junto a la plaza Nueva y a la parroquia de San Mateo, y donde nacieron mis tres hermanos menores: Guillermo, Rosario y Luis Fernando. Ignoro cual podría ser su antigüedad, pero por su estructura y configuración, bien pudo ser un palacete medieval que, a través del tiempo, fue sufriendo las necesarias reformas. Las inexplicables diferencias de nivel en una misma planta, el grosor de sus muros macizos que en algunos lugares se aproximaban al metro de ancho, y la pésima calidad de sus materiales a base de maderas rústicas, cañas y yeso, denotaban una construcción humilde, pero con detalles de gran riqueza en las zonas nobles, como podía ser la forja

acristalada de la puerta de entrada, la amplia escalera principal de azulejos de colores y peldaños de madera, la propia barandilla de la escalera, el mármol rojo del zaguán o las baldosas blancas y azules de la galería de entrada.

El edificio constaba de tres plantas, perfectamente estructuradas las dos primeras, con todos los servicios para acoger a una familia diferente en cada una de ellas, y una tercera planta abandonada a la que se accedía por una estrecha escalera, y que estaba toda abuhardillada y diáfana, y donde campaban a placer los numerosos gatos que permanentemente había en aquella casa.

Aunque nosotros hacíamos toda la vida en la planta principal, el soleado patio (que mi madre siempre tenía lleno de macetas y arriates, y que presidía un enorme naranjo de gran altura como jamás he vuelto a ver, y que llegaba hasta el tejado de la casa) era nuestro lugar ideal de juegos, que cambiábamos por las enormes galerías que tenía el edificio, cuando el tiempo no acompañaba. En aquella amplia galería de la planta baja, construimos columpios, jugamos al fútbol, aprendimos a patinar, y hasta hicimos representaciones de teatro.

Esta galería de la planta baja era toda interior, pues la parte que daba a la calle había sido transformada en un local comercial, donde estaba instalada la zapatería de Francisco Ruiz, conocido como “El tío del Saco”, por lo que a sus hijos se les conocía como “Los Saquitos”, y con los que llegamos a tener una gran amistad, especialmente con los dos mayores: Mari y Rafalillo. El mote les provenía porque antiguamente viajaban hasta Elche para traer los zapatos, y su padre lo hacía cargando con un gran saco. La zapatería comunicaba con su casa que se encontraba junto a la

nuestra y, por la parte baja de la calle lindábamos con una carpintería de la que también nos hicimos amigos de sus moradores, aunque la niña más próxima a nuestra edad, Eugenia, murió prematuramente.

Con los vecinos de la casa de la carpintería, podíamos comunicarnos verbalmente a través de alguna pared. Era curioso como en la galería de la primera planta, en un rincón de la misma, podíamos mantener conversaciones sin levantar la voz, a través de la unión de ambas paredes. Solo bastaba con golpear la pared a uno u otro lado y, como si de un teléfono se tratase, nos acercábamos para saber por quién preguntaban.

El resto de la planta baja estaba deshabitada. Toda el ala derecha, que mi padre utilizaba como almacén del Hogar Juvenil, ya que este tuvo que desmontarse para dar cobijo provisional al Ayuntamiento de la ciudad, fue cedida para oficinas y almacén de Cáritas, que abrió una puerta de acceso desde el amplio zaguán de entrada. El patio, ya descrito y del que se conservan algunas fotografías, era el centro del edificio, que al mismo tiempo separaba la parte trasera de este, y que debió ser una animada zona de vivencias, pues allí se encontraban las antiguas cocinas de hierro con sus fogones y chimenea, así como un pozo de agua potable que debió surtir a la casa (aunque cuando llegamos ya había agua corriente), sirviendo todas estas piezas como separación de los corrales o un segundo patio alargado que se encontraba en las traseras del edificio, que probablemente debió tener otra salida a las calles de atrás, y que seguramente, pudo servir para acoger animales domésticos.

El acceso a la primera planta se hacía desde la puerta de entrada, tras recorrer una clara, amplia y ancha galería que

terminaba en unas grandes y bonitas escaleras, ya descritas, pero que con la oscuridad de la noche, todo este largo recorrido se transformaba en “la galería del terror”, sintiendo auténtico pánico cada vez que teníamos que bajar a abrir la puerta, ya que por entonces no existía, ni en la imaginación humana, el “portero automático”. (Probablemente debimos poseer el record mundial infantil de velocidad de bajada y subida de escaleras).

Cuando llegamos a la “Casa del Señor” yo contaba tan solo tres años de edad, y nos marchamos cuando cumplí los once. Allí pasamos ocho años muy felices, desde 1.952 a 1.960 y donde, como ya dije, se completó la familia Fernández Barainca con el nacimiento de mis tres hermanos menores.